

YASMINA REZA

*En el trineo
de Schopenhauer*



se

Ariel Chipman, un profesor de filosofía que ha consagrado su vida a proclamar el imperativo del goce de vivir, se sume en una depresión. Nadine Chipman, su esposa, comienza a estar harta de su marido y se pregunta por qué no serle infiel. Serge Othon Weil, el amigo íntimo de la pareja, afirma haber comprendido que preguntarse por la vida en su totalidad no tiene sentido y rechaza todo atisbo de trascendencia. Y la psiquiatra de Ariel despotrica contra el sentimentalismo.

Pero lo que todos ellos han experimentado es ese instante en que nuestra existencia parece vaciarse irremisiblemente de sentido. Y entonces, una avalancha de preguntas nos muestra que el mundo no es tal como lo hemos conocido. Es el momento ínfimo en que nos sabemos seres abocados a la muerte...



Yasmina Reza

En el trineo de Schopenhauer

ePub r1.0

Bacha15 07.10.14

Título original: *Dans la luge d'Arthur Schopenhauer*

Yasmina Reza, 2005

Traducción: Milena Busquets

Editor digital: Bachal5

ePub base r1.1



Muchas gracias a Guy

1. Nadine Chipman a Serge Othon Weil

Mi marido tenía la costumbre de mondar las naranjas con las manos, con algunos tipos de naranja eso es aceptable, cuando la piel es gruesa y se despega fácilmente, en cambio cuando la piel es fina y se adhiere a los gajos, como ocurre en la mayoría de las naranjas, en cualquier caso en las más jugosas, o sea las mejores, personalmente siempre me esfuerzo por comprar ese tipo de naranja, enfrentarse a la piel con las

manos desnudas es una aberración, un gesto de pura cotidianidad se transforma en una lucha fea e inútil, ese gesto que él hacía cuando desayunábamos le obligaba a golpear la mesa con una especie de violencia sincopada, cada vez que arrancaba una mondadura el puño caía sobre la madera, a su pesar, claro, pero sin que se diese especialmente cuenta, quiero decir impermeable al ruido y al efecto de la sacudida, sin que se le pasara por la mente que a mí me pudiera molestar, en general no soporto a la gente que da golpes en las mesas, Serge, quiero decir esa gente que deja caer el antebrazo y el

filo de la mano digamos que con intención clarificadora, para precisar o dar peso a sus opiniones, no hay nada más estúpido, me gustan las personas reservadas, quiero decir cuya presencia física es ligera, delicada, mi marido hubiese podido, aun pelando la naranja con las manos, suspender su gesto en el aire, es decir controlar los modos y hacerlo menos brutal, de manera que hubiese bastado con que yo me abstuviera de mirarlo y, como mucho, le hubiera podido reprochar interiormente la pereza, la falta de elegancia y de modales, pero se creía lo bastante solo, me entiende, como para no tener ninguna

contemplación, para reiterar sobre la mesa un golpe incalificable, de buena mañana, y durante semanas y semanas quizá incluso meses, con interrupciones, pues había temporadas en que las naranjas eran desterradas ya que las consideraba demasiado ácidas para el estómago, hasta el día en que tomé la decisión de sobresaltarme cada vez que caía su puño, primero discretamente y luego cada vez menos y al final nada discretamente, me sobresaltaba violentamente como si me fuese a fallar el corazón, una respuesta como cualquier otra, más delicada que un insulto, que mi marido consideró cien

por cien agresiva, el carácter mudo y excesivo de mi reacción revelaba, según él, la carga global del odio que yo había acumulado hacia él, un odio, le cito, tan amargamente contenido que ni siquiera tenía ya palabras para expresarse. Desde que mi marido perdió la cabeza, utilizo adrede esta expresión, Serge, ya que el médico no ha sabido explicar ni calificar su aislamiento mental, recuerdo el drama de la naranja con cierta nostalgia, vuelvo a vernos a los dos en pijama en la cocina, delante del correo esparcido sobre la mesa, las facturas, las cartas de la universidad, los incordios de la vida cotidiana, siempre

queremos otra vida, ¿verdad? Creemos que las cosas que son la vida no son la vida. Mi marido, todo el mundo lo sabe, era un gran especialista en Spinoza. Desde que se le fue la cabeza, se ha puesto completamente en contra de Spinoza.

Digo esto como algo importante, aunque yo nunca he comprendido en qué consiste Spinoza. Siempre he dicho mi marido es un gran especialista en Spinoza, como si yo supiese muy bien quién era Spinoza, de la misma forma que hoy digo que se ha vuelto en contra de Spinoza como si Spinoza fuese uno de nuestros amigos, digo que le ha

cogido manía a Spinoza, e incluso, si he bebido, no es que yo beba, no soy en absoluto una persona que beba pero si llega el caso a veces en la reuniones sociales me dejo llevar un poco, digo ya no puede soportar a Spinoza, digo toda su vida comentando a Spinoza y ahora no lo puede soportar, y cuando digo ahora no lo puede soportar entiendo, de repente, como un rayo, por qué, es decir, de rebote entiendo quién es Spinoza, a fin de cuentas un chico sin cambios de humor que organizaba combates de arañas y moscas para ver en qué consistía la vida, un chico caduco desde el momento en que nos topamos con la

debilidad humana, el agotamiento, lo triste, la enfermedad, entonces pienso, y dirá que es muy arrogante por mi parte, pero me da igual, que hice bien manteniéndome al margen de esos, digamos, cerebros que han regido la vida de mi marido, toda su vida mi marido se apasionó por unos, digamos, cerebros que le abandonan en el momento crucial, que le abandonan y le dejan en una soledad terrible, mi marido está sentado en un sofá sin poder levantarse, mi marido desvaría, mi marido está totalmente desconcertado, un hombre todavía joven, abandonado por aquellos a quienes ha dedicado, por

decirlo de algún modo, todo su tiempo, como hacen los hombres, Serge, que son absorbidos por sus cargos y no se dan cuenta de que el tiempo pasa. Mi marido no tenía ni idea de que el tiempo pasaba. Esta mañana he cogido el toro por los cuernos, he comprado un ramo de ranúnculos, después, al pensar que no tenía ningún jarro transparente, he entrado en una tienda de decoración donde he comprado una jarra, y también una vela perfumada al tilo y una bandejita japonesa para poner mi tetera, me he acordado de un libro donde una mujer compraba un perro para curarse de sus penas de amor, paseaba con el

perro por la ciudad soleada, subía a su habitación de hotel, salía al balcón para mirar la plaza soleada y saltaba por encima de la baranda, no, no, no, bromeo, no me voy a tirar por el balcón, además no tengo balcón, pues bien, vuelvo a casa con los ranúnculos, corto los tallos, pongo las flores en la jarra, la jarra sobre la mesa de despacho donde escribo mis artículos, enciendo la vela perfumada, todo tiene un aspecto limpio y alegre, es preciso que las cosas tengan un aspecto limpio y alegre, en una casa donde arde tranquilamente una vela perfumada no hay sitio para la tragedia. Claro que veo que es un error no

trabajar el viernes, Serge, si he superado el viernes comprando una bandeja japonesa y una vela de tilo, todavía me queda el sábado y el domingo. La mano de mi marido cuelga del brazo del sillón. Me gustaría entender por qué. Tengo la impresión de que la deja colgando adrede, para mostrarse acabado y miserable. No puedo evitar ver en esta apatía un acto hostil, una especie de rebeldía contra el destino, mi marido nunca ha vacilado en autodestruirse, ¿podríamos hablar de un gusto masculino por la autodestrucción? Tengo un colega que finge desmayarse delante de los niños, cuando los cosas

van mal con su mujer, simula síncofes en la cocina, se derrumba entre las cacerolas. Ya nadie se lo cree, pero él lo sigue haciendo, lo hace incluso más, según me ha dicho, porque nadie le cree. Mi marido deja colgando su mano marchita e inerte. Antes no me daba cuenta de que su mano estaba marchita. Se diría que le encanta mostrarse viejo. Ante usted, se comporta. No deja colgando la mano en el extremo del brazo del sillón. Ante el doctor, también se anima. Esa gente no ve nunca a los enfermos tal como son. Los enfermos guardan las compostura delante de ellos. No quiero decir que sea por nobleza, o

por orgullo, o ni siquiera por valor, al contrario, guardan la compostura por debilidad, quieren ser reconfortados, suavizar el diagnóstico. El maestro de mi marido estranguló a su mujer, él se contenta con dejar que cuelgue su mano en el extremo del brazo del sillón, lamentable y marchita. Mi marido no es radical. Es un discípulo. La generación de mi marido fue aplastada por los maestros. Esta mañana le he dicho a nuestro hijo tu padre presenta los signos de la más completa inactividad, parece que sea el encargado de un vagón de tren vacío, he dicho, ya que esa es la cara que pone mi marido en mi presencia,

digo en mi presencia, claro, no creo que el mismo personaje le sirva con otras compañías, los hombres juegan a ser lo que son, tanto en la vida cotidiana como en la enfermedad. Al principio mi marido estaba en contra de los medicamentos, hoy en día le vuelven loco, al principio en contra de los medicamentos, en contra de la farmacia, hoy a favor de los medicamentos, horriblemente a favor, ningún decoro en su comportamiento, ninguna compostura, durante años tuvimos a Spinoza, ¡Spinoza!, ¡pam!, ¡pam!, ¡pam!, hoy exaltaciones diversas, drogas y mano blanda. La locura no lo disculpa todo.

La vida conyugal nos ha matado, como mata a todo el mundo, y créame, no es la filosofía la que va a venir a echarnos una mano con la vida conyugal, de todas formas no veo nada que pueda hacer que uno saque la cabeza de esta embarcación maldita, y en ningún caso la filosofía, que en líneas generales, bajo una apariencia más o menos provocadora, siempre ha intentado aplacar los espíritus, dominar a la bestia salvaje, nuestra mejor parte, soy una gran fan de los espartanos, ¿sabe, Serge?, gente que no dio nunca la menor oportunidad a la familia, al aletargamiento de la vida sentimental, gente que se deshace de los

recién nacidos deformes tirándolos desde los acantilados, para mí los espartanos son la flor y nata del género humano. Siento que está usted perplejo y un poco asustado. Está pensando el marido delira pero su mujer también. No deliro y lo lamento, en parte debe de ser reconfortante delirar, o poder alternar el delirio con la normalidad, como el maestro de mi marido, que a la más mínima contrariedad se hacía encerrar. Había encontrado un ritmo de vida. Qué tontería que matase a su mujer. Mantenemos cierto rumbo pero acabamos derrapando. Mantenemos cierto rumbo, contra la impotencia,

contra el caos, y un buen día lo echamos todo a perder. Es una lástima. Y una maravilla. Serge, ¿en el fondo no deseamos que algo ocurra, una perturbación, un naufragio, o cualquier explosión que nos libere del agobio doméstico? Amé a mi marido. Durante un tiempo amé sinceramente a ese chico brillante, elegante con su cartera de clase, centrado en sus cosas, qué error fatal poner el amor en el centro del matrimonio, amor y matrimonio no tienen nada que ver, amor y familia no tienen nada que ver, los sentimientos entre un hombre y una mujer, dentro de ese dispositivo, solo pueden esfumarse.

2. Ariel Chipman a la psiquiatra

Ha venido Glen Vervorsch, se ha sentado aquí. Cuando Glen Vervorsch llega, cae sobre el lugar un aburrimiento mortal. Glen Vervorsch es el hombre más aburrido del mundo, no tengo la menor duda al respecto, no existe en ningún lugar, sea donde sea, nadie tan mortalmente aburrido. Glen Vervorsch se ha sentado aquí y ha empezado a hablar de su Nissan, un Tino diseñado en Francia, fabricado en Inglaterra y

comprado en Bélgica, lo he comprado en Bélgica, me ha dicho, por cuatro mil euros menos que en Francia, un Nissan Tino, diseñado en un estudio de la Provenza por Nissan Francia, posteriormente fabricado en Inglaterra según los criterios continentales, es decir conducción por la derecha, para ser vendido en toda Europa. Le he dicho a Glen Vervorsch que el tapicero Roger Cohen, que tapizó este sillón, se consideraba el hombre más feliz del mundo por no tener coche. Después de la guerra, le he dicho a Vervorsch, Cohen fue el primero en tener coche, disponía de la avenida de Italia para él

solo, hoy es el único que no tiene y se considera el hombre más feliz del mundo. El tapicero Roger Cohen tapizó este sillón que se está deshilachando, desintegrando, y que yo creo que está podrido por dentro. Le dije a Roger Cohen mientras usted es el hombre más feliz del mundo, yo estoy sentado sobre una mierda que se pudre por dentro, señor Cohen. Y añadí: señor Cohen, usted no es el hombre más feliz del mundo, usted miente, usted tiene cien años, le han echado de su casa, se pudre en una residencia de ancianos que llama hogar, pero que es en realidad una cárcel para judíos moribundos, usted no

tiene coche porque sería abracadabante que tuviese coche. Denigra los coches porque ya no tiene carnet de conducir. Es patético. Mientras que usted, Glen, le he dicho a Glen Vervorsch, usted es joven, derrocha vida, ha hecho muy bien comprando ese Tino aunque, he pensado, haya criticado la suspensión, incluso ha pronunciado la palabra «trepidación», pero eso no lo he dicho, no, no, aunque le parezca demasiado ruidoso, especialmente al ralentí, lo que para mí constituye un defecto importante, aunque parezca sentir cierta nostalgia por el Corolla Verso de Toyota que no eligió, pero eso no lo he dicho, no, no, no,

demasiado peligroso, con Glen Vervorsch nada personal, nada que recuerde un diálogo, después se ha desviado por sí solo, sin que yo le impulsara, hacia los orígenes de su nombre, Vervorsch, me ha dicho, procede del indoeuropeo *verun*, que significa «sol», y de la desinencia *vorsas*, que quiere decir «ordenar», en realidad hubo una palatalización, en vez de *vernvorsas*, hay una dz, característica del lituano, lo que dio *vervordz* con dz, y luego Vervorsch. Está muy enterado. Recurre a los bancos de datos de los mormones, ya que los mormones son los campeones de la genealogía. En el plano

estrictamente médico, doctora, quiero decir dentro del protocolo curativo que ha diseñado, debería reflexionar sobre los beneficios de las visitas de un Glen Vervorsch, cuando ya se había decidido, déjeme repetírselo, una vez más, que un Serge Othon Weil estaba formalmente contraindicado. Glen Vervorsch vino durante años a darles clases de inglés y de otras materias a los niños, ahora me lo endosan a mí, no sé por qué me endosan a Glen Vervorsch, me tocan Glen Vervorsch y Serge Othon Weil, un antiguo colega convertido en consultor legal, los dos seres más mortalmente aburridos del planeta, aunque hay que

distinguir, una hora de Serge Othon Weil equivale a veinte minutos de Glen Vervorsch, lo cual no quiere decir que una hora de Glen Vervorsch equivalga a tres horas de Serge Othon Weil, ya que una hora de Glen Vervorsch no tiene equivalente, pero sí podemos deducir, a condición de quedarnos en una zona todavía palpable, es decir en una zona inferior a los sesenta minutos, que Glen Vervorsch es tres veces más pesado que Serge Othon Weil, aunque sea muy difícil de creer y prácticamente inconcebible para alguien que haya frecuentado a Serge Othon Weil, que se presenta a sí mismo como jurisconsulto,

era criminal imponer a los niños un Glen Vervorsch, sí, criminal, pero cómo saberlo, Nadine piensa que necesito compañía, como si todas las compañías fuesen válidas, como si un Glen Vervorsch o un Serge Othon Weil fuesen entidades inofensivas, le dije a Nadine: Nadine, en el estado de deterioro en el que me encuentro, deterioro físico y psíquico, pero no cerebral, ¿crees sinceramente que alguien como Serge me puede distraer? Serge Othon Weil no distrae, Nadine, Serge Othon Weil dilata cada instante y lo absorbe. Voy en trineo hacia la muerte, doctora. Tal y como lo oye. En el trineo de mi amigo Arthur

Schopenhauer. Nadine me endosa al jurisconsulto, que en su última visita pronunció ocho veces la palabra «crecimiento». A los hombres normales del exterior ya no los aguanto. A los hombres normales del exterior que creen en el futuro, ¿cómo soportarlos? Se ha deshecho todo. El tapizado de Cohen, y Spinoza. Totalmente deshilachado, Spinoza. Othon Weil está muy impresionado por el crecimiento chino. Según él, dentro de cien años todo el mundo hablará chino. Me pregunto si no habrá empezado ya a aprender mandarín con su mujer. De joven yo era tímido. Luego ya no. Ahora sí. Me he vuelto

tímido otra vez. Antes de mi decrepitud, un Othon Weil no hubiese tenido ninguna influencia sobre mí. Viene a verme con corbata, se toma la molestia de venir a matarme con corbata, o quizá la lleva constantemente, quizá ahora lleva siempre corbata, puedo entender que uno siempre lleve corbata, siento nostalgia de la corbata, una tristeza terrible al ver esos retazos de tela colgando en el armario, esperando algo, colores inútiles en la oscuridad, siempre me ponía una corbata para ir a clase, me ponía mi bonita corbata del día, me iba a repartir las palabras de la filosofía, las palabras inaccesibles, unas encima

de otras, era como una casa del orgullo. No se puede decir adiós a las palabras sin cierta tristeza, por otra parte, doctora, debería explicarme la fisiología de la tristeza. Oscilo entre tristeza y aburrimiento, la tristeza me sirve para recuperar un poco las fuerzas que el aburrimiento abate inmediatamente, oscilo, como los acentos, entre agudo y grave, jamás logré dominar los acentos, acento agudo, acento grave, nunca lo entendí, asimilé los razonamientos más especulativos pero nunca los acentos, piense que cuando pongo un acento, efectúo un trabajo de falsificador para que el trazo

se pueda leer de las dos maneras, el lector elige. En la pizarra, en las correcciones, en todas partes, nunca un signo definitivo. Nada nos salva. El trabajo, lo creí durante mucho tiempo, quiero decir la actividad que llamamos trabajo pero que no es más que una manera de desviar la muerte, la actividad nos salva, la agitación frenética, entretenimiento aureolado de prestigio, hasta que se desmorona. Un buen día, coloquios, cursos, conferencias se desmoronan. Revolvemos entre las carpetas, las hojas apiladas, revistas, borradores, tesis, papeleo, papeleo, melancolía violenta,

invitaciones, cartas, honores, miembro de esto, miembro de aquello, miembro de todo, miembro con locura, mañana, y mañana, y mañana... Digan lo que digan, Spinoza no ayudó demasiado a mi maestro Deleuze cuando este se tiró por la ventana, ni a mi maestro Althusser cuando estranguló a su mujer antes de ornarla con un trozo de cortina roja. ¿Qué aprendimos de una materia que no responde nunca? Louis puso un faldón de cortina, en diagonal, sobre el pecho de su mujer yacente, en diagonal, desde un hombro hasta el pecho opuesto, un pequeño toque final realizado con la tranquilidad y la devoción de la muerte.

Una muerte provocada por él, pero diferida con ese gesto. Louis simultaneó su carrera de intelectual y su carrera de loco, hasta la colocación del estandarte rojo de tela de cortina para no ceder a la muerte el cuerpo doméstico de Hélène, vestida con la bata que llevaba por las mañanas, una pequeña llama escarlata puesta en diagonal desde el hombro derecho hasta el pecho izquierdo, una tachadura de la vida, una simple tachadura, sin origen y sin destino, de terciopelo Imperio, o bien, o bien... Le ruego que imagine la escena, doctora, pasemos por alto el estrangulamiento, el estrangulamiento tuvo lugar, Louis de

pie, la frente cruzada por el mechón de pelo que siempre imaginé independiente y rebelde y al que debía de dedicar bastante tiempo para lograr esa ondulación hidalguesca que conocíamos, nuestro mentor, nuestro pigmalión Louis Althusser, nuestro gran refundador del materialismo, en la habitación de la rue d'Ulm, un día de noviembre, el mes de las tragedias, el mechón cruzándole la cara, levanta un faldón de la cortina, unas cortinas, según me había dicho en Soisy, gastadas por el tiempo, para ornamentar a Hélène con una cola funeraria que llega hasta el techo, una sepultura de lo más kitsch,

decididamente antiteórica. Uno no encuentra consuelo. Y no lo necesita. No necesita consuelo. La tristeza, solo eso. Ayer Serge Othon Weil me trajo fresas. Nadine les puso azúcar y trajo cucharas. Serge pidió un tenedor, yo dije un tenedor para qué. Porque las fresas se comen con tenedor, contestó: no hace ruido en el plato, fijación segura del objeto, capacidad de hablar sin que la fresa que está en la cuchara y se va a caer acapare tu atención. Pinchas, eres libre, eres feliz. Parece un poco encaprichado de Nadine, y quién sabe si ella no está también más o menos encaprichada de él. ¿Estamos ante una

historia de amor espantosa? De niño, puedes ser consolado. De niño, puedes. Luego no, nunca. Ahora Cohen, el tapicero, tiene teorías constantemente. Ese anciano me llama todos los días como amigo íntimo de mi padre, con el pretexto de que necesito un padre de recambio. Al principio, sostiene el auricular al revés, le oigo decir ¡diga!, ¡diga! Le digo: ¡Roger, dé la vuelta al teléfono! Él dice: deberías escribir sobre la proliferación de los supermercados baratos, yo te ayudaré, lo tengo todo pensado, reflexiona, vosotros los filósofos, etc., deberíais enfrentaros a las máquinas de destrucción del país,

digo me importa un carajo el país, Roger, no, no, no, no te importa un carajo, uno de estos días saldrás de tu depresión y te dirás he permitido que proliferaran los Ed y los Lidl, y yo le he dicho qué demonios le importa eso a usted, Roger, ya no sale de la residencia de ancianos, no pone un pie en la calle y yo tampoco, por cierto, ¿qué demonios nos importa? Qué carajo nos puede importar que el suelo francés esté cubierto de Ed y de Lidl, a nosotros, que tenemos cada uno un pie en la muerte, y no en una muerte fulgurante, en una muerte asfixiante donde el ser se reconcome, y no vamos a contarnos

historias sobre los Ed y los Lidl, que nos importan una mierda. Cuando éramos pequeños, algunas veces Roger Cohen nos llevaba al cine a mí y a mis amigos. En la calle decía: ¡levantad la cabeza! No miréis el dobladillo de mi pantalón, no contéis con mis zapatos para guiaros. ¡Estáis solos, muchachos! Ahora se marchita en este cementerio, cada día una manía nueva, los supermercados baratos, el euro, la tortilla industrial, le sirvieron una tortilla de ocho centímetros de grosor, nadie se queja, dice, nadie dice nada, todos tienen Alzheimer o son unos cobardes. Alégrate de ser joven, me ha

dicho, alégrate en vez de quedarte clavado en mi sillón podrido como un personaje de teatro. No hace mucho, doctora, mi mujer oyó a un niño en la calle que gritaba mamá, ella se volvió y se dio cuenta de que nuestros hijos ya no eran niños y de que esa llamada ya no estaría nunca más destinada a ella. Durante años, profesé la alegría y la supremacía de la razón sin por eso alegrarme con los niños pequeños, durante treinta años hablé del sentimiento de alegría como *virtud* sin alegrarme con los niños, alégrate de ser joven, ha dicho Cohen desde su cama del cementerio, para Roger Cohen soy

joven, para Roger Cohen la tierra no es más que juventud intensiva. Fui a su residencia, cuando yo todavía salía, no entiendo cómo se puede aguantar ni un minuto en un lugar como ese sin que te entren ganas de lanzarte al vacío, además hay que pedir permiso para entreabrir su ventana, el director dice estoy de acuerdo con entreabrir la ventana de la habitación del señor Cohen pero no lo divulgue, la mayoría de nuestros residentes han perdido la cabeza y pueden lanzarse al vacío como si nada, cuando, desde mi punto de vista, solo pueden lanzarse las personas en perfecto estado mental, al loco no se le

ocurre tirarse, en todo caso no más desde aquí que desde cualquier otro sitio, pero el cuerdo al que no se le había pasado jamás la idea por la cabeza se siente por decirlo de algún modo aspirado por la defenestración. Esa fue mi impresión de simple visitante. La corbata de Othon Weil me obsesiona. Tengo la sensación de que se pone corbata para venir a visitarme con una intención pedagógica. Roger Cohen también se hace el nudo de la corbata cada mañana. Después se sienta en su cama de hospital o en su sillón de hospital en medio de su pasado, que han metido a la fuerza entre cuatro paredes.

Pero para él es el uniforme del cementerio, no tiene nada que ver. Cohen quiere estar arreglado para la muerte. La corbata de Othon Weil, al que antes no veía nunca con corbata, quiero decir que en las raras ocasiones en las que veía a Serge Othon Weil lo informal era la norma, la corbata de Othon Weil, la última tenía una combinación a base de tritones, es para mí como un latigazo, como si hubiesen abierto una ventana y dejado entrar una borrasca. Quiero que cierren las puertas y que cierren las ventanas, no quiero sentir el soplo de ningún acontecimiento.

3. Serge Othon Weil a Ariel Chipman

En un principio, optó por el Toyota Corolla. Se había pasado la vida en el taller con su Scenic. Harto de Renault. Así pues, se dijo, doy el golpe, los japoneses son fiables, los japoneses son reactivos, Nissan se ha casado con Renault, que me traicionó, me voy con Toyota. Y después reflexionó, y ahí es donde te das cuenta de que el comprador es a la vez un sentimental y un visionario, se dijo que, en el fondo,

quería quedarse en el seno de Renault ya que, si bien hay miles de razones para criticar al fabricante francés, según mi amigo, es obligado reconocerle su talento innovador, se me encogería el corazón, me confesó, si tuviera que romper todos los vínculos con esos genios del concepto, de la forma y del diseño. Yo dije señor Vervorsch, su historia tiene sentido. En todas las fabricaciones en serie hay fallos, y le tocó a usted, no tiene suerte, aunque eso no es excusa para la mala calidad del servicio posventa, pero usted se dio cuenta de que Renault se había aliado con Nissan para dar respuesta a sus

deseos y no ha tenido la reacción pueril de ir a derrochar el dinero en la competencia. Renault y Nissan se aliaron porque eran lúcidos, y complementarios, y tienen una energía notable, para satisfacerle. Renault está dando pasos de gigante y Nissan está dando pasos de gigante, es el negocio del siglo. ¿Me atreveré a confesarle, señor Vervorsch, que este asunto me concierne muy directamente? Tiene ante usted al hombre que ideó el montaje financiero y fiscal de la alianza. Silencio. El Vervorsch alelado. No puedo decir que en un principio nos apoyaran demasiado a Schweitzer y a

mí. Todo el mundo se reía, Glen, en realidad me parece que le llamé Glen, toda la prensa, se sabía que los americanos se habían planteado la cuestión y no habían aceptado, que los alemanes se habían planteado la cuestión y habían renunciado. ¿Y quién es el cretino que se queda con Nissan? El francés, el primo de turno. Los mismos que pensaron que era genial que Daimler-Chrysler se hiciera con Mitsubishi. Resultado, Renault-Nissan despega triunfalmente, mientras que los otros se esfuman. La gran diferencia con ustedes, le dije, quiero decir con los americanos, es que nosotros nos

denigramos constantemente, sabe, nos da vergüenza el dinamismo. Cuando en realidad, y no lo digo con afán de ofender, somos superiores a ustedes en muchos sectores, construcción y obras públicas, cosméticos, equipamientos, forma de vida, armamento, el *Rafale* es maravilloso, no hay nada mejor que el *Tanque Leclerc*, ¡nuestro armamento es muy superior al armamento americano! Francia es uno de los principales exportadores del mundo, ¿quién lo diría, Glen? Cuando se tiene, desde hace casi veinte años, un saldo ampliamente positivo en el comercio exterior, eso indica que en los mercados

internacionales ultracompetitivos, amigo mío, no solo llevamos la batuta sino que vamos a la cabeza del pelotón —has visto cómo me exalto—, no, tienes que entender que al final me pone de mal humor oír que no somos capaces ni de fabricar un tornillo, que nuestra estrategia es provinciana por no decir nula, etc., el viernes próximo cumpliré cincuenta y tres años y hace cincuenta y tres años que oigo anunciar la crisis, bajo una u otra forma, la explosión de esto, la ruina de aquello, y no responde a ninguna realidad, es totalmente falso. ¿Las empresas francesas corren con desventaja? Yo digo que es verdad. Sí, a

las empresas francesas se les ponen trabas, sí, con el peso de las reglamentaciones, con los impuestos y con otras cosas, sí, es verdad. Y tanto mejor. Tanto mejor. Correr los cien metros con shorts y unas buenas deportivas lo puede hacer cualquiera, pero si se corren con cargas y lastres, solo los muy buenos llegan a la meta. Le dije a Vervorsch: tenemos decenas y decenas de pequeñas empresas que son las número uno mundiales en su sector, son pequeños nichos por supuesto, pero ahí radica la vitalidad de un país, tenemos la número uno mundial de banderas, la número uno mundial de

globos estratosféricos, la número uno mundial de fichas para el casino, somos los campeones de la purificación de los principios activos en farmacia, los campeones de las grúas equilibradas, los campeones de las raquetas de nieve, un montón de pequeños negocios que han conseguido con uñas y dientes abrir mercados en todos los rincones del planeta. Lo que importa es la tecnicidad y el valor añadido. Te voy a contar un secreto, me pongo muy contento cuando me entero de una deslocalización. Personas que se morían de hambre en el Tercer Mundo van a tener trabajo, van a empezar a integrarse en un sistema

económico. ¿Por qué debería ser menos solidario con los desgraciados de Mali o de la India o de Bangladesh que se mueren de hambre que con el tipo que cobrará indemnizaciones aquí? Es el futuro del mundo lo que está en juego, la paz, la prosperidad. En cuanto al tipo que echan a la calle en Alençon, en vez de continuar cortando burdamente camisetas horribles, recibirá una formación, participará en productos que tendrán el doble de valor añadido, es la oportunidad de su vida. Vivimos en un sistema de la compasión, en el que hace falta drama por todas partes. ¿Me puedes decir por qué no se organizó una

fiesta nacional el día en que se cerró la última mina? Tenemos carbón bajo los pies pero ya no hace falta enviar a pobres desgraciados seiscientos metros bajo tierra para intentar extraerlo mientras cogen la silicosis o se libran de una explosión de grisú. Es maravilloso. En vez de eso, tuvimos que soportar un discurso lacrimógeno del estilo es una parte de la historia de la clase obrera que desaparece. ¡Coño, pues tanto mejor! ¿Te gustaría tener a tus hijos en el fondo de una mina? Es extraordinario vivir en un país que tiene carbón bajo sus pies y que puede prescindir de ir a buscarlo, que ya no necesita mandar a

personas a arrastrarse como ratas por los túneles y a dar martillazos a algo repugnante. El mundo mejora, nos guste o no. Los afganos no pueden transformarse en un año en electores suizos. No. Eso no. Pero es un anacronismo permanente juzgar a los otros a la luz de lo que nosotros somos actualmente. El Afganistán de hoy es la Francia de 1870, una Francia en su mayor parte iletrada, increíblemente religiosa, que al cabo del tiempo se apropió de la democracia y la construyó. Toma Europa. Europa no es poca cosa, como provocadora de guerras Europa no se quedaba corta. Toma Europa país por

país, y considera la historia del siglo pasado, guerras, hambrunas, dictaduras, guerras civiles, y básicamente no queda ni rastro. Piensas que se trata de un optimismo a prueba de bomba. No, no es optimismo, es pesimismo superado, lo que no tiene nada que ver. Me levanto con buen pie. Decidí de una vez por todas que me iba a levantar con buen pie. Y si no me levanto con buen pie, asumo la responsabilidad. Ya verás como, cuando te recuperes, adoptas una dietética de la existencia. Yo tuve la suerte de leer a Shakespeare muy pronto, *la efímera vela y la muerte cenicienta*, entendí que la vida no tenía sentido,

quiero decir mi vida, mi vida en sentido literal. Conoces la frase de Bismarck: «La huella que dejamos es la que deja el polvo del camino sobre la rueda del carro». Individualmente, que yo exista o no carece de importancia, nací, moriré, y ya está. En cambio la supervivencia de la especie, la continuidad de las generaciones, la perspectiva de la Historia, eso tiene sentido, cuando digo sentido quiero decir una dirección, la palabra se presta a equívoco, no quiero decir una significación sino una dirección, hay una dirección que es mejor que otra, la dirección que dará lugar a una moral tolerante, pluralista,

humorística, alegre, será mejor que otra, la humanidad puede tomar esa dirección y, a nuestro insignificante nivel, tenemos la obligación de contribuir para que así sea. Somos responsables de su estructura mental. Se puede tener una tendencia hacia la felicidad (no se habla más que de lo contrario), e incluso llego a pensar que es la única respuesta posible al absurdo. Cuando Sandrine me dejó, me dije que adelgazaría diez kilos y que leería *La comedia humana* entera. Lo hice. Resultado, Marie-Claude. Nunca se pierde siendo positivo. Te das cuenta, el amor. Pienso que el amor es un fin en sí mismo. Por lo tanto el amor

tiene sentido. El día en que me muera, el amor morirá conmigo. Mientras no esté muerto, existe como un fin en sí mismo. Un fin, o una recompensa, o mejor todavía, una conquista de la existencia, en definitiva, que es un elemento autopertinente. Muchas cosas pueden tener sentido y pertinencia, es la vida la que no los tiene, el todo no tiene ningún sentido pero cada una de sus partes por separado, sí. ¿Esta teoría se sostiene filosóficamente? Se sostiene. Es la que mejor se sostiene.

4. Nadine Chipman a la psiquiatra

A menudo me digo doctora, los rosales viejos son más bonitos que los nuevos, son más tupidos, están más cuajados de flores, los colores son más vivos, los buenos vinos también mejoran al envejecer, el viejo rosal ha debido luchar para sobrevivir, ha sufrido avatares y eso lo hace hermoso, quizá un día piense eres vieja, ya no necesitas nada, solo necesitas un gato, flores, albahaca, puedes vivir en un monasterio

en Grecia con un pope y albahaca, en Hossegor acompañé a mi madre a comprarse un sombrero, le echó el ojo a uno amarillo pálido con una flor en medio, con un velo transparente que apenas la protege, a mi madre, que era tan guapa, las cosas ya no le quedan bien, mi madre me dijo que creía que estaba bien pero que no estaba segura por las gafas de sol, le dije quítate las gafas, mamá, no puedes ver nada dentro de la tienda con las gafas puestas, sí, pero si me quito las gafas no veré qué aspecto tiene el conjunto, en la playa llevaré el sombrero y las gafas, tenía calor pero estaba contenta, quería que

yo también estuviese contenta, me esforcé por estar contenta, al salir me preguntó si parecía una americana, le dije que parecía una americana chic, ah, chic, pues mejor, en la playa de Hossegor la observé sentada en su sillón plegable, una mujer pequeña y encorvada con sus gafas y su sombrero, un poco gruesa, mirando al mar, contenta por las olas, contenta por el tiempo, una visión tan corriente en una playa estival, por qué se me encoge el corazón tan violentamente.

5. Serge Othon Weil a Ariel Chipman

Soy mucho más feliz desde que renuncié al sexo, sabes. Cuando has visto de cerca cómo copulan los cerdos, ya no te puedes hacer ilusiones sobre el sexo. En el kibbutz de Israel al que iba cuando estudiaba derecho, ayudaba a los cerdos a copular. Cuando has visto entrar un inofensivo sacacorchos y salir un bastón feroz, de una longitud espantosa, que has de ayudar a volver a meter dentro de la cerda a la que le da absolutamente igual,

solo espera a que se acabe, cuando has visto al pobre desgraciado calentarse, resbalar, salir con un miembro gigantesco, que, permite que te lo diga, no le hace en absoluto feliz, que no le da ningún tipo de superioridad, te preguntas qué sentido tiene toda esta comedia en torno al sexo. El sexo no tiene ninguna consistencia particular. Es un elemento del paisaje. Y el debilitamiento del deseo con el paso del tiempo también forma parte del paisaje, y es tan inevitable como la caída del pelo o la artritis, solo que es menos grave que la artritis. ¡La cantidad de desgraciados que han puesto el sexo en el centro por

puro efecto de condicionamiento! Perdona el t3pico, pero es mejor en la fase del deseo. Llega una edad en que te das cuenta; si pasados los veinticinco a1os todav3a no has entendido que a menudo es mejor en la fase de deseo, es que careces de imaginaci3n. Marie-Claude y yo casi hemos llegado a la calma chicha. De vez en cuando un arreglillo pero muy pronto todo eso quedar3 en el pasado. El s3bado vamos de compras. Hago de ch3fer-acompa1ante. Lo que al parecer no es muy frecuente. Me lo dicen las dependientas. Las dependientas me felicitan por mi paciencia, y mi

solicitud. En contrapartida, mi opinión solo tiene efectos unilaterales. Marie-Claude no comprará lo que no me gusta, pero tampoco compra lo que me gusta. No consigo hacerle comprar prendas de color. Estamos condenados al beige, al gris, al negro y al azul marino. A mí me gustaría ver a Marie-Claude de verde, de rojo, por qué no de amarillo. Es esbelta, deportista. Tu mujer lleva ropa de color, me he fijado. Muy bien. Es muy importante el color, el color es activo, tiene impulso, cuando compras una prenda de color te proyectas en color, creas una estrategia de alegría. El hombre dinámico tiene una visión más

amplia, especula sobre el futuro, se propulsa más allá de la muerte. Sea para una corbata o para un fondo de inversión. Voy a confesarte algo: delante de las personas que ya no tienen ganas de vivir —no digo en absoluto que sea tu caso, pero hay que reconocer que momentáneamente has perdido lo que se llama la energía vital—, estoy convencido de que todo discurso es inútil, si empiezo a intentar subirte la moral, será como realizar cauterizaciones sobre una pata de palo, y francamente no estoy seguro de que esa bata ayude a ponerte de nuevo en marcha. ¿Por qué te presentas con esa

bata? Te presentas con esa bata, que no es una bata cualquiera, y que no has elegido por casualidad, te presentas con esa prenda siniestra y descuidada por coquetería inversa. Quieres parecer feo y calamitoso. La primera vez que vine a verte, pensé inmediatamente quiere parecer feo y calamitoso. E incluso me hizo gracia. Pero es que ahora tengo la impresión de que se ha convertido en tu uniforme, como si todo tu ser se redujese a ese aspecto gelatinoso, sin el menor rastro de virilidad o de erotismo. Esa bata, la amistad me obliga a decírtelo, te embrutece. Y te empuja hacia el abismo. Como por otra parte,

según mi opinión, hacen todas las batas, las batas son una locura, cualquiera que se ponga una bata es aspirado hacia el abismo, es así, las batas son malas, y poco importa la forma, la tela, el color, Bolonerat se colgó en bata, Lucien Gros tuvo el ataque en bata, Althusser mató a su mujer en bata, y la propia Hélène iba también en bata. Y así siempre, a menos que uno sea Roger Moore en *Simon Templar*, la bata conduce directamente a la catástrofe.

6. Nadine Chipman a la psiquiatra

¿Debo lanzarme a una aventura siniestra, desmesurada y caótica con Glen Vervorsch, el hombre con quien se cruzó usted aquí el otro día? Me despierto de madrugada, incluso los domingos, de madrugada sin ninguna razón, ya soy vieja, espero al sol, sé que un día se acabará todo: entonces ¿por qué no Glen Vervorsch? Estoy dispuesta a echarme en brazos de cualquiera que traiga flores, de cualquiera que haga gestos

tiernos, de cualquiera que diga palabras consoladoras. Glen Vervorsch daba clases de inglés a nuestros hijos, hace tiempo yo le gustaba a ese chico. Antes o después, un hombre puede conseguir a cualquier mujer. La tristeza no es de ayer, ni de anteayer, la tristeza viene de lejos, aunque uno dé media vuelta no ve de dónde viene. Esta mañana, mi marido se ha vestido, lleva un pantalón, una chaqueta y una camiseta debajo. La ausencia de cuello de camisa me asusta un poco, el cuello delgaducho y envejecido asoma estúpidamente. Me había acostumbrado a la bata. Ya no la veía como una bata sino como un abrigo

de invierno, una prenda de temporada para no pasar frío. Cuando discutíamos, mi marido se marchaba de la habitación. Ariel siempre se marchaba de la habitación. Los hombres se marchan de las habitaciones. No quieren hablar, no quieren discutir. Se marchan de la habitación como si su ausencia fuese a matarnos (y tienen razón). A veces incluso se marchaba de casa. Cerraba a propósito la puerta con un gran portazo, quería hacer temblar las paredes. Nunca regresaba, quiero decir a tiempo, cuando el regreso hubiese significado un giro, un arrepentimiento, ¿acaso existen en la vida esos virajes que vemos en los

libros y en las películas, hombres que saltan de los estribos, suben los escalones de cuatro en cuatro?, en la vida real no existen esos giros apasionados, no, en la vida real no se regresa.

7. Ariel Chipman a Nadine Chipman

La noche del treinta y uno de diciembre, Nadine, te dije que no tenía ganas de salir, ni de ir a festejar a casa de nuestros amigos el año nuevo, te dije que quería quedarme solo y llorar, la excusa te pareció ridícula, ni por un momento creíste que la frase respondiese a la realidad, la tomaste por una de esas fórmulas destinadas a minar tu entusiasmo, me hubiese podido limitar, dijiste, a expresar una falta de

ganas de salir o de ver a gente, no era necesario ir a buscar la soledad y el llanto como alternativas deseables, inmediatamente volviste la frase contra ti, contra nuestra vida y no contra la noche de fin de año en casa de nuestros amigos, las ganas de quedarse solo y de llorar consagraban mi derrota, mi impotencia, mi nulidad, me dijiste que estabas harta de tanto lloriqueo, que eso estaba en total contradicción con mis supuestos valores, mi supuesta enseñanza, te hiciste con el *Boletín de la Sociedad Francesa de Filosofía* que corría por allí y empezaste a golpearme. Un hombre le dice a su mujer que tiene

ganas de estar solo y de llorar, e inmediatamente le dan una paliza soberana, me dije, mientras me golpeabas de una manera tan violentamente desesperada. Un hombre que se muestra deseoso de llorar debería, si no ser digno de compasión, al menos inspirar cierta preocupación, pero no, helo aquí molido a palos con el *Boletín de la Sociedad Francesa de Filosofía* en el que la reseña de su conferencia «Toda esperanza es desgarradora», que tú misma, Nadine, habías considerado mi publicación más personal, una violencia, pues, destinada tanto a mi cuerpo como a mi espíritu, la

transformación del *Boletín* en rodillo de pastelero no significa más que eres una mierda que se pavonea delante de las instituciones y arruina la vida de su mujer, vete al diablo con tus trabajos supuestamente filosóficos, vete al diablo con tus emanaciones, vete al diablo, pálmala, pero déjame ser feliz a mí, Nadine Chipman, con mi escote, mis pendientes, mi maquillaje de año nuevo, déjame correr hacia un posible futuro, y de repente dejaste de golpear porque te diste cuenta de que tu peinado y el resto de tu atuendo se podrían resentir, y dijiste, mientras te recomponías, llora, ahora tienes una razón de verdad,

admiré de pasada tu sangre fría, cogiste tu bolso y tu abrigo y me sentí como un niño pequeño al que su madre no va a esperar, nos arrastramos, es decir me arrastré detrás de ti a ese año nuevo, mientras pensaba en todas las veces que nos arrastramos en silencio, obligados por Dios sabe qué, en todas esas parejas que se arrastran día tras día, de fecha en fecha, de temporada en temporada, en las reuniones, las diversiones, ante nuestros amigos te mostraste atrozmente feliz, pasaste riendo de un año al otro, sin ninguna ansiedad, cómo se puede atravesar el tiempo sin ansiedad, reías como esos personajes de cabellos grises

y rostro alargados que salen en el desplegable de exequias MATFLUT que hemos recibido esta mañana, lo has visto, Nadine, locos de alegría encima de la hierba, riéndose en la cara de la muerte, no haciendo más que reír de foto en foto a medida que se presentan los servicios complementarios, salón funerario, grabado de estelas, entre paréntesis no me parece una casualidad que ahora MATFLUT me mande este prospecto, un prospecto absolutamente spinoziano, luz, luz, luz, vitalidad, los clientes de la muerte maravillados ante un techo blanco, riendo en la clase de tenis, respirando aire puro a pleno

pulmón en sus jerséis de lana color crudo, me acuerdo de Roger Cohen solo en su leonera, sentado con la corbata puesta encima de la cama deshecha, que tiembla ante la muerte entre su televisor y sus reliquias judías, alternando tele, delirio telefónico y ensimismamientos, sin intentar ya comprender, al contrario, nadie nace siendo racional y nadie muere siendo racional, cuando regresamos a casa, ¿te acuerdas?, tuvimos que mover un árbol de Navidad que estaba tirado en la acera, me acordé de los abetos bajados a la calle y tirados con alivio durante años, pensé que por suerte ya no teníamos todos los años ese

incordio estúpido, y me dio pena el árbol tirado en la calle, expuesto al frío, sin agujas, a merced de los barrenderos, una desnudez seca, irradiada, en casa seguías estando de aquel humor alegre y pimpante, hiciste un gran esfuerzo para mantenerlo contra viento y marea, desnudándote contra viento y marea, desmaquillándote contra viento y marea, acostándote a lado de un hombre inerte y congelado sin darle la más mínima importancia, abriendo una revista para leer un artículo sobre la deforestación y la extinción de los grandes monos, todo eso, me dije, por estar tan horriblemente cerca el uno del otro, estamos

horriblemente presentes el uno para el otro en esta cama donde hace años había que luchar para evitar perderse, pero qué hay más patético, me dije, que esperar algún consuelo, y además ya que soy, al parecer, el hombre más difícil de consolar, un hombre especialmente rígido, quiero decir físicamente, especialmente crispado cuando surge el más mínimo gesto amistoso, cuando al parecer el consuelo de un ser por otro ser toma también la vía del cuerpo, aceptar una caricia, acurrucarse, esas cosas de niños, yo sería incapaz de hacerlas, de manera que el otro se siente intimidado, luego rechazado, luego

indiferente, esperar un consuelo en estas condiciones es una idiotez sin límites, por qué truco de magia un cerebro espera lo que es incapaz de recibir, un cerebro que durante treinta años, servilmente y como un loro, ha consolidado un templo donde nadie delira, ni llora, ni se pierde, un cerebro blindado digamos contra la debilidad, nos dejamos embaucar por los maestros, hacemos progresos en los laberintos creyendo que se trata de la felicidad del espíritu, hasta el día en que de repente nada se sostiene, un hombrecillo yace en una soledad lúgubre, al lado de una mujer indiferente que empieza el año

devorando un artículo sobre la extinción de los grandes monos, ahora le interesan los primates, es lógico, me dije, yo quiero que me acunen como al bonobo huérfano que en la foto está con mamá Mamidulé, su madre de adopción, acúname, Nadine, sé dulce, sé benevolente, sé mamá Mamidulé, hago un esfuerzo para incorporar mi cuerpo a fin de inclinarlo hacia el tuyo, ojalá sepas descifrar este movimiento oscuro, esta ínfima orientación del ángulo, te interesa la suerte del planeta y te doy la razón, los bosques, los animales, sí, los bosques y los animales me parecen muy bien, la vida del pensamiento fue un

error, balas perdidas, nos pusimos para nuestra desgracia del lado de los eruditos, Nadine, querrías por favor echar tan solo una ojeada al animal que yace a tu lado.

8. La psiquiatra a los otros tres

Yo caminaba por una acera, más bien estrecha, delante de mí una mujer avanzaba con dificultad. Lentamente, un poco zigzagueante, de forma que me resultaba imposible adelantarla. La mujer, de espaldas, parecía mayor, y no había nada anormal en su dificultad para avanzar, quiero decir que no podía hacer otra cosa que caminar lentamente y en zigzag. De todas formas debo añadir que llevaba bolsas a ambos lados, y que ella

misma era voluminosa, y de todas formas, pensé: cuando las personas llevan bolsas deberían saber que llevan bolsas, esta mujer tiene derecho a caminar por la calle llevando bolsas, lo sé, pero se podría pensar en una manera de llevar las bolsas que no fuese invasora, cuando uno lleva bolsas a ambos lados que lo hacen más ancho, debería sentirse incómodo y sacar sus propias conclusiones. Esa mujer no se sentía en absoluto incómoda, y me diréis que se trata de una casualidad pero cuando yo intentaba adelantarla por la izquierda, ella iba a la izquierda, y a la inversa, a la derecha, cuando yo iba a la

derecha, esto durante varios metros, de manera que me fue enormemente difícil no pensar que lo hacía adrede. La edad no lo justifica todo. No voy a tragarme esa estupidez de los privilegios de la edad, con el pretexto de que ya no tienen horizontes, qué es lo que vemos, gente sumida en su fatalidad que experimenta un maligno placer en frenarnos. Así que, mientras caminaba, durante esos pocos metros, desarrollé una exasperación, un odio por esa peatona, unas ganas de pegarle, de empujarla al arcén, que me asustó y que naturalmente condeno, pero que por otro lado me parece legítima, y es lo que quisiera entender, en el fondo,

por qué, por qué no me puedo deshacer del sentimiento de tener razón y, sí, de la legitimidad interior, si me permiten la expresión, como si el imperio de los nervios, tan denigrado, tuviese sin embargo su razón de ser, quiero decir su razón moral, como si mi derecho a caminar por la acera, a mi ritmo, no fuese menos imperioso, desde un punto de vista moral quiero decir, que el derecho de ella a ocupar la acera a pesar de su incapacidad motriz, agravada por el hecho de llevar bolsas a ambos lados. Si sé que no puedo caminar por la acera sin entorpecer la circulación de los peatones, me parece

que lo mínimo, la mínima educación y delicadeza, es darme la vuelta en cuanto oigo pasos detrás de mí, y hacerme lo más pequeña posible dentro de un portal, me dirán que esa gente está además sorda, entonces francamente, ¿qué hacen en la calle, emparedados en su soledad, con todas las compuertas cerradas? Deberíamos sentir piedad y compasión y solo sentimos odio, deberíamos ser pacientes y somos impacientes, tolerantes y desterramos la tolerancia. ¿La moralidad no está siempre, de alguna manera, ablandada por los nervios? ¿Existe una moralidad sin nervios? Una mujer se levanta con

buen pie, sale, empieza el día con buen pie, se impulsa hacia no sé qué destino con paso ligero, recuerdo un medicamento indicado en caso de *falta de impulso*, y de golpe se ve impedida por el cuerpo de otra, no un obstáculo de carne y hueso sino un chirrido del tiempo, un cuerpo que ella rechaza de la manera más categórica, inadmisibile desde el primer momento, no queremos solidarizarnos con la mujer de las bolsas, queremos caminar deprisa, queremos enfrentarnos al suelo con paso decidido, caminar sin piedad, no tenemos intención de darnos la vuelta hasta el momento en que nos damos la

vuelta para verle la cara, un error fatal, me vuelvo para verle la cara, quiero verificar mi aversión, quiero confirmar mi frialdad, pero veo inmediatamente bajo el flequillo de cabellos blancos la nariz desproporcionada, el esfuerzo de vivir en la mejilla colgante, rechazo la mejilla colgante, rechazo la nariz, y los párpados, y la boca amarga, no tengo tiempo que perder con una cara, una cara entre miles de otras que nunca hubiese distinguido si el resto de su cuerpo no me hubiese exasperado, y que ahora se mofa de mí, viene a titilar una sensiblería que rechazo, miren, siempre supe, desde mis primeros días de

estudio, siempre supe que había que armarse contra la compasión, lo supe de entrada, en medicina y en todo lo demás, hay que armarse contra toda inclinación, contra la compasión, contra la ternura, ni siquiera pronuncio el otro nombre, el nombre venerado por todo el mundo contra el cual, soy categórica, hay que armarse hasta los dientes, no satisfecha con entorpecer mi camino, la mujer de las bolsas viene a perseguir mi espíritu, el pequeño peinado ondulado y aplastado que le cubre la frente me arrastra en un impulso contrario, el pequeño cardado blanco de una densidad anormal que parece como si se

hubiese posado entre las sienes produciendo un reblandecimiento que repruebo, no quiero ser atrapada por un rostro, toda la vida somos atrapados por rostros, caemos en el pozo sin fondo de los rostros, por poco que camine por la calle, una bonita mañana, con ese paso ligero y belicoso, que constituye la esencia misma de la marcha, por no decir de la felicidad, me tropiezo con una mujer que ha salido para cargarse mi impulso, provista de dos bolsas laterales, como si su lentitud, su caminar alelado no fuesen suficiente, un obstáculo que me obliga a tomar contacto y a impacientarme, pero que no

sería más que una vicisitud sin dimensión humana, inmediatamente olvidada, si por un error fatal no me hubiese dado la vuelta. La mujer de las bolsas tiene las mejillas de una niña enfadada, una hinchazón que me desobedece, un hocico que me desobedece, por qué en el recodo de una acera, un rostro de animal sin aliento viene a molestarme, en nombre de qué virtud debo soportar la tiranía de una piedad imprevista, tanto de espaldas como de cara esa mujer me acosa, tanto de espaldas como de cara me persigue, por poco le pediría disculpas, le acariciaría la mejilla colgante, le

llevaría las bolsas, solo con pensarlo, vean ustedes, he sentido resurgir la barbarie, la violencia que estoy convencida es legítima, qué lleva en esas bolsas, qué ha metido dentro para tener que ir tan doblegada, no lograrán convencerme de que no hay algo impúdico en mostrarse cargada y doblegada, y medio paralizada, en plena acera, como si no pasase nada, como si no necesitase ayuda, una actitud amarga, una acusación muda lanzada a la cara del mundo, dos roscones de cabello blanco le cubren las orejas, roscones en forma de col como llevaban antiguamente las niñas pequeñas, hay en

la combinación de ese peinado y de la nariz prominente un fracaso que reconozco, un fracaso familiar, bajo la visera de los cabellos, de la nariz, de los pliegues, del labio enfadado, surge una ráfaga de resucitados, gentes de otras calles, de otros tiempos, de otros países, doblegados de la misma manera, inútilmente arreglados, como niños, arrastrando, a lo largo de la vida, una desgracia que se intenta atenuar con cepillos, peines, horquillas, los pequeños trastos que nos acompañan impiden el desorden y la locura, siempre ha hecho falta enmarcar el rostro, cuanto más ingrato era el rostro más necesario

era enmarcarlo, se ahuecaba, se ondulaba, sin ninguna relación con la nariz y la soledad de la mirada, solo podía resultar un fracaso, un buen día caminas por la calle con paso ligero y un rostro te atrapa, toda la vida nos atrapan los rostros, nos lanzamos a ellos, de cabeza, se puede decir con qué esperanza, no hay lugar más infranqueable, lo que imaginamos próximo no está próximo, y además siempre he odiado la palabra «prójimo», esa palabra espantosa, no la utilizo nunca, una palabra de una benevolencia vomitiva, que rechazo, en cuanto la palabra «prójimo» aparece en

una frase, la frase es una porquería, no tenemos ningún prójimo, esa mujer no es mi prójimo, ni de cara ni de espaldas, aunque de cara nos pueda sorprender cierta sensación de parentesco, que responde solo al cardado del cabello y a una determinada combinación de la nariz y la boca, o sea a nada, aunque de cara, quiero decir una cara aparecida fugazmente, nos demos la vuelta y nos encontremos ya en otro lugar, es una vuelta menor, que no implica al cuerpo, aunque, como decía, de cara, y cuando ya estamos lejos, haya que luchar contra una flexión del alma, sobrevenida a pesar de uno, una añoranza violenta

cuyo objeto aparece borroso, añoranza de qué, me gustaría saber, y por qué, cuando ya estamos lejos, debemos luchar contra las mejillas hinchadas, el cuello hundido en los hombros encorvados y el abrigo, el pequeño recinto humano que oscila y nos sonrío, una sonrisa que no hubiésemos debido ver jamás, una sonrisa agotada, tímida, avergonzada, y que nos obliga a responder con el corazón roto, entonces me detengo delante del escaparate de la zapatería delante del cual me detengo siempre, en ese escaparate hay algo para hacerme cambiar radicalmente de humor, vean ustedes, yo creo en la

frivolidad, es una suerte que tengamos la frivolidad, la frivolidad nos salva, me sorprende que no comprendan esa superioridad que nos da el ser salvadas por la frivolidad, quiero decir literalmente salvadas por la frivolidad, el día en que la frivolidad nos abandona nos morimos, una vez un hombre me dijo, a propósito de un vestido que yo había visto, el vestido puede esperar, puede esperar qué, le repliqué, que el cuerpo sea imposible de vestir, que sea yo la que obstruya la calle, arrastrando en zigzag bolsas de melancolía, el vestido no puede esperar, díganme una sola cosa que pueda esperar, ni las

cosas ni los seres, el vestido se aja y se marchita en la percha, y nuestra vida se marchita cuando esperamos, lo que sea, quiero decir un simple gesto, que una puerta se abra, la noche, la mañana, la cosa cuyo nombre no quiero ni pronunciar, nuestra vida se marchita, por eso me paro delante del escaparate de la zapatería donde veo inmediatamente los signos del invierno, el negro, el gris, botas y zapatos de tacón cerrados, ni rastro de zapatos sin talón ni de sandalias cuando llega septiembre, los fabricantes dirigen nuestras vidas y nos desesperan, ya que nos desesperan las cosas previsibles, saben, y mientras

pensaba en los fabricantes que nos desesperan pensé me va a alcanzar, esa gente llega al mismo sitio que nosotros, nos alcanza, todo el mundo nos alcanza, no existe ir por delante, saben, nadie va por delante, ni jóvenes, ni viejos, ni nadie, llegamos al mismo sitio, al fin y al cabo, delante de los zapatos de invierno, los zapatos oscuros, las botas, las hileras oscuras, viéndola acercarse oscilando al escaparate pensé un día se divirtió en la acera, dibujó una rayuela, empujó el tejo a la pata coja, saltó las casillas, saltó las casillas con su falda abullonada...



YASMINA REZA (París, 1 de mayo de 1959) es una escritora, actriz, novelista y dramaturga francesa. Sus padres eran de ascendencia judía; su padre, medio ruso medio iraní; su madre, húngara. En 2000 recibió el Gran premio del teatro de la Academia francesa, en reconocimiento a toda la carrera

dramática de la autora.

Reza, que además de francés habla inglés y alemán, comenzó a actuar como actriz en papeles de obras nuevas o clásicos de Molière o Marivaux. En 1987, escribió *Conversations après un enterrement* (*Conversaciones tras un entierro*), que recibió el premio Molière.

Después de esto, tradujo *La metamorfosis* de Franz Kafka para Roman Polanski, lo que le valió una nominación para el premio Molière a la mejor traducción. Su segunda obra, *La Traversée de l'hiver* (*La travesía del*

invierno), ganó también el premio Molière. Su tercera obra teatral, *L'Homme du hasard* (*El hombre del azar*), tuvo mucho éxito en varios países. Su obra *Art* (*Arte*), ganó también el premio Molière y fue otro éxito en muchos países.

Más de una década después, volvió a la actualidad con otra obra de éxito, *Le dieu du carnage* (2007), conocida en español como *Un dios salvaje*; fue adaptada al cine por Polanski en 2011, con un rutilante reparto: Jodie Foster, Kate Winslet, John C. Reilly y Christoph Waltz.